

La anciana era de muy buena conciencia y no se atrevió á desobedecer, aunque para ello la agujoneara el deseo. Luciano aprobó la decisión episcopal, pues ésta ponía término á las vacilaciones que le torturaban.

—Y tú, le decía doña Genoveva, ¿que vas á hacer? ¡Pobrecito hijo mío!

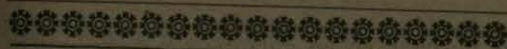
—Yo, mamá, me quedo á vivir con el diablo porque le amo con toda mi alma.

—¡Jesús mil veces, gritó doña Genoveva, santiguándose, ya se te está metiendo á ti también ese malévolo!

Y no hubo remedio: los diablos se quedaron en su casa y doña Genoveva en la suya.

La indiscreción de un familiar hizo me saber después que el celoso prelado, en secreta circular previno á los sacerdotes de la diócesis que escudriñaran con sumo cuidado y apostólico celo, la conciencia de las suegras en el Tribunal de la Penitencia, y negaran la absolución á las reincidentes.

Al mes, el noventa por ciento de las más políticas estaba sin absolución, no tanto por lo trascendental de sus pecados, sino por la manifiesta obstinación en seguirlos cometiendo; pero la mía, por fortuna, fué del número de las absueltas.



REGRESO DE LA DICHA

I

No era Margarita una hermosura, pero tenía talento, carácter y el inefable atractivo de la gracia. Rica, mimada, creció siendo el embeleso del hogar, y desde la adolescencia, aristocráticos jóvenes disputáronse el cariño de la rica heredera; pero no había llegado aún para aquel corazón no ardiente la hora del amor. Margarita, halagada en su vanidad, alegrábase de ser querida, pero sin entregar á nadie su afecto. Correspondía con sonrisas y hasta con tiernas miradas á los jóvenes que la requirían, y aun llegó á esforzarse por querer á alguno, mas el corazón permanecía indiferente. Los pretendientes, heridos en su amor propio, vengábanse de ella llamándola coqueta, aunque en su presencia

se deshiciesen en galanteos y cumplimientos.

Don Jaime Muñoz amaba á su hija con singular ternura y holgábase de que trajera al retortero á los galanes que en derredor de ella pululaban. ¡Vaya si Margarita es una fortaleza, solía decir, puede andar entre el fuego sin siquiera sentir el calor!

La niña, que por desgracia había perdido á su madre, cuidaba de dos hermanas, una en la infancia, aurora de hermosura que anunciaba un día esplendoroso, y otra en la pubertad, que ya estudiaba en el espejo el porvenir de una belleza en botón.

Grandes temporadas pasaba el millonario don Jaime en su finca de campo hacienda de muchos sitios de ganado mayor, henchida de semoviente y con extensos laborios. La casa principal ó casa grande, como la llamaban los sirvientes, era un viejo caserón de anchas paredes, amplias piezas de altos techos, huerta y dos grandes patios, en uno de los cuales había un abandonado jardín que contrastaba con las pieles hacinadas en el corredor por estar de ellas repletas las bodegas. Toda la casa, aunque cómoda y bien ventilada, estaba muy lejos del artístico refinamiento de las modernas construcciones. En el primer patio, junto á un

añejo mezquite, crecían algunas plantas raras y hermosas, compradas por Margarita en la capital de la República, pues para don Jaime era más emocionante contemplar los montones de pieles, que no olier á ámbar, que un jardín en plena florescencia.

Había ya mordido el corazón del rico propietario el feroz é insaciable gusano de la codicia y aunque no podría en rigor llamarse avaro, su ansia de riqueza era ya desordenada. No obstante, á diferencia de los avaros, sostenía con esplendor la categoría social de su familia: abundante y succulenta mesa, ricos trajes, lujosos muebles, todo era bueno en casa del millonario.

Con el rápido aumento del capital crecía también el orgullo, natural aliado de la opulencia, si la virtud no le pone coto. Cuando don Jaime iba á la ciudad en magnífico coche de viaje tirado por cinco soberbias mulas y tras del vehículo varios mozos bien armados, jinetes en briosos corceles, y satisfecho, tendía una mirada por sus vastas propiedades, sentía brotar de su corazón una oleada de regocijo que enardecía más y más el anhelo de acumular riquezas.

¡Qué temporadas se pasaban en la hacienda!

Los amigos del millonario, que eran

numerosos, como ordinariamente son los de los ricos, hacían frecuentes visitas á la familia Muñoz. De los parientes de los empleados, sólo dos ó tres muchachas de las menos cursi y de las más pulidas en el bien hablar, á juicio de don Jaime, solían, de vez en cuando, asistir á las fiestas de las Muñoces, y tenían á honra ser invitadas, aunque fuera á servir, como sucedía siempre, de damas de honor á la amable Margarita y á sus caprichosas hermanas, quienes aunque lindas como día primaveral, sabían perfectamente que el oro las elevaba sobre todas las que las rodeaban. Y ¡oh, miseria humana! la vanidad de las unas contagiaba á las otras, quienes ya que no podían fundarla en la riqueza la cifraban en servir á las que la poseían.

Meriendas, paseos á caballo, partidas de caza, eran en el campo las ordinarias diversiones de la familia y sus amigos, y en casa: juegos de estrado, comedias de aficionados, tertulias y hasta bailes de todo el día y toda la noche. Aquello era un continuo holgorio, apenas concluía una fiesta y se inventaba otra, y luego otra.

Don Jaime rara vez asistía á tales diversiones: allí estaba su hija que le representara, inexpugnable baluarte contra las mundanas seducciones. Ya había observado el padre que varios jóvenes, flor y

nata de la aristocracia, andaban perdidos por aquel palmito de incomparable gracia, ante el cual humillábanse enamorados sin obtener nunca la victoria. Esta muchacha, decía, no se casará nunca, y mejor mucho mejor, ¿no tengo yo oro que dejarle que vale más que todos los maridos del mundo?

Lo que jamás había observado don Jaime, era que, la atmósfera de holgorio que por todas partes envolvía á su hija, era terrible rémora para el desarrollo de sus no comunes cualidades, y éstas no serían fructíferas sin ancho campo en que ostentar su celestial hermosura.

II

Anualmente venía de la capital de la República, á hacer importantes compras, un rico ganadero, pero este año la influenza postróle en cama, motivo por el cual envió á Federico, su hijo mayor, para que hiciera tales compras, y al efecto, dióle carta de presentación para el señor Muñoz.

Era Federico, joven de buen corazón, pero finísimo calavera que empleaba las tremendas armas de su varonil belleza y de su esmerada educación, en asaetear femeninos corazones, y no pocos se habían rendido á la conquistadora fuerza de aquel corruptor, que buscaba el placer con inabarcable voraz ansia.

Don Jaime, que, aunque serio por carácter, presumía de cortés, y lo era en efecto, sin exageradas fórmulas, recibió con júbilo al joven mexicano, que debía dejarle algunos miles de duros.

La casa del hacendado fué desde sus antepasados muy hospitalaria con todos, pero especialmente con los compradores. Don Jaime obsequiábalos espléndidamente, pero los más maliciosos solían decir que cobraba con ganancia tales obsequios. Sea de ello lo que fuere, es el caso que muchos, particularmente los jóvenes, aun concluidas sus compras, permanecían algunos días en la hacienda, atraídos por las incesantes diversiones, y sobre todo, por las muchachas, de las que había siempre en la casa grande un espléndido ramillete.

Don Jaime, después de recibir dignamente á su recomendado, le presentó á la familia y á los amigos que hallábanse en la sala bailando lanceros acompañados del piano. Margarita tocaba, y sin perder el compás lanzó estrepitosa carcajada en el tono de la pieza, al ver las equivocaciones de uno de los bailadores, imberbe joven que daba los primeros pasos en el arte de Terpsícore.

Al entrar Federico acompañado de don Jaime suspendióse el baile é instantáneamente murió la risa de Margarita al cla-

var los ojos en aquel joven guapo y de aire distinguido y la sobrecogió raro estremecimiento.

En la presentación cambiáronse las frases de estilo, mas Margarita habló maquinalmente. La luz de dos grandes ojos negros habíale fascinado.

III

Ya no son tan frecuentes las diversiones en la casa grande; cuando las hay, duran poco, y Margarita se cansa de sus amigos, á quienes deja solas muchas veces. Gusta de la soledad y contra su costumbre se ha hecho muy madrugadora. Tiene todo su encanto en el huerto. Hoy ama las flores como no las había amado nunca, y á la hora del desayuno, hay siempre en la mesa en un rico florero, un ramillete de las que ha cortado en la mañana.

Han herido á la niña los rayos de los ojos grandes, llenos de luz, y ella, que en opinión de su padre podía andar en el fuego sin sentir el calor, tiene calcinado el corazón por vivísima llama.

Besa el primer rayo de sol los celajes del Oriente; á dorar empieza las excelsas cumbres; las flores del huerto abren sus aterciopelados botones y pagan las caricias del céfiro con suave fragancia; los pajarillos, jubilosos ante la luz, que es alegría, y ante la Naturaleza, que es vida.

exhalan cantos de amor que se unen al himno de alabanza que la creación eleva á su Creador.

Federico y Margarita, allá, bajo la parra secular que trepa con sus guías al elevado muro y baja con ellas hasta tocar la tierra, hablan de un porvenir de inefables venturas.

Federico es elocuente. ¡Con cuán vivos colores pinta las dichas del hogar! ¡Con cuán candentes palabras éxalta los goces del cariño! Margarita casi no habla, no puede hablar. La joven alegre y traviesa que venció á tantos, está hoy vencida. Su dominante orgullo duerme embriagado por el narcótico del amor.

IV

Don Jaime quedóse boquiabierto cuando su hija le anunció que en breve pedirían su mano y que amaba á Federico con todo el corazón. El millonario se había equivocado, Margarita, aunque fuerte contra los halagos de Cupido, no era invencible y en un abrir y cerrar de ojos triunfó de ella el joven mexicano. ¿Amaba éste á Margarita? Acostumbrado á galantear á las muchachas, y aun á las que no lo eran, siguió al principio, impelido por la costumbre, unas relaciones semejantes á muchas otras que había tenido.

Paulatinamente descubrió en Margarita

algo que no había visto en sus anteriores novias. Las virtudes de la joven antes enervadas, empezaban á resplandecer al calor de un hondo afecto y aquel esplendor atraía á Federico.

No tiene madre, pensaba, y su padre, aunque no es malo, está embelesado con el oro y carece de la intuitiva mirada maternal. El joven no se engañaba. A Margarita no le atraían ya las diversiones de otros días; sus pensamientos son hoy serios y profunda su meditación. Comprendió que su novio había frecuentado una sociedad corrompida, y aconsejada por el amor emprendió la formidable empresa de purificarle. La paz y suave alegría del campo, la soledad que instintivamente nos remonta al cielo, la divina pompa de la Naturaleza que habla de lo infinito y el amor puro que es inacabable fragancia y bálsamo para las heridas del alma, elementos eran con los que contaba la enamorada doncella.

Margarita ganó gradualmente la voluntad del calavera, y un día tuvo la dicha de llamarle esposo. Mas ¡ay! ¡cuántas lágrimas tuvo que derramar! ¡cuántas humillaciones que sufrir! ¡cuántas violencias que dominar! Los breves días de la luna de miel deslizaron como manso arroyo por la floresta, mas presto, las pasiones trocáronle en furioso torrente.

El esposo volvió á su antigua vida. De vez en cuando, arrepentido deteníase en la pendiente que le arrastraba al abismo, mas volvía á caer vencido por la fuerza de la costumbre. La amante esposa no disminuía para él, ni la ternura ni los discretos y oportunos consejos. Hubo un momento en que el abandono llegó á tal grado, que la desolada Margarita creyó que se habían agotado sus alientos para la lucha.

Hay en el humano corazón escondida fuerza física y moral como de reserva para los grandes peligros, para los terribles dolores, para los profundos afectos. Fuerza que no conocemos y que se desarrolla en el oportuno momento. La fuerza moral de Margarita, que había dado ya pruebas de su grandeza, creció inmensamente al ser madre. La joven traviesa, y al parecer casquivana, ceñida hoy con la corona de madre, es todo un carácter.

El esposo volvió sobre sus pasos atraído de nuevo al hogar por la dicha y el orgullo de padre; pero volaron los pocos meses de paz y de unión y los malos hábitos le sojuzgaron de nuevo.

Aumentó entonces el vigor de la contienda. La lucha fué continua, gigantesca y silenciosa, sin explosiones de ira, sin reproches, sin amenazas; lucha de años en que las lágrimas de la mártir rara vez hu-

medecían los ojos, sino que taladraban el corazón. Federico no podía substraerse á la consideración de las virtudes de su esposa. Comparábala con las mujeres que había conocido y le parecía imposible no estar siempre al lado de ella pagando con fume y grande amor tanta abnegación, tantos heroicos sacrificios. Tales consideraciones triunfaban siempre, y el abatido espíritu del esposo volvía al dulce hogar, amante y arrempetido.

Brilló al fin para la mártir el día de la completa victoria. La dicha había salido de aquel hogar arrojada de él por las pasiones, y sólo de vez en cuando, asomaba su divina faz para huir de nuevo; mas hoy vuelve para no separarse nunca de los que ha buscado con tierna y constante solicitud. ¡Y decimos que la felicidad huye de nosotros! ¿No sería más cierto que nosotros somos los que de ella huimos?

Y vuelve la mensajera del cielo, conquistada por la perseverante virtud y el heroísmo de la mártir, cuando ya el invierno de la vida á nevar empieza las soñadoras cabezas, y cuando las lágrimas del desengaño y del dolor han marchitado los corazones. Pero el arrepentimiento purifica y fortalece, y el conyugal amor que lucha por el bien, sin rendirse jamás, es vida heroica, fragancia perenne, juventud perpetua.